



CÉSAR
VIDAL

LA CIUDAD DEL
REY LEPROSO ⊕

Tierras de Castilla, finales del siglo XII: Marcos, un joven a punto de prometerse con la joven a la que ama y ante el que se abre un futuro de paz y prosperidad, contempla cómo sus ilusiones y proyectos se desploman al verse convertido inesperadamente en un proscrito.

La única oportunidad de Marcos se reduce a emprender un viaje a Tierra Santa para intentar expiar sus culpas. Pero al llegar a Jerusalén, la Ciudad del Rey Leproso, descubre que nada es como había pensado y que el mundo se halla a punto de experimentar un inesperado vuelco provocado por el sultán Saladino.

A mi hija Lara, compañera de viajes
incluso a la ciudad del rey Leproso

Inspiró hondo, como si en ello le fuera la vida, y, por un instante, sintió como si se le hubiera introducido hasta lo más profundo del pecho la flama abrasadora que procede del horno encendido de un panadero diligente. Sí, bastaba echar un simple vistazo sobre el recortado horizonte para tener la convicción absoluta de que el sol rojizo era una olla gigantesca que había estallado derramando su ardiente contenido sobre todo lo que se extendía bajo su calcinante mirada. Si efectivamente los sobrecogedores textos sobre el fuego inextinguible del Hades tenían que interpretarse en un sentido literal, no debía existir mucha diferencia entre el calor insoportable que había sufrido el vecino insensible del pobre Lázaro y el que se derramaba ahora como plomo fundido sobre sus cuerpos cansados y sudorosos.

Parpadeó para sacudirse las gotas de sudor que descendían desde la frente para acabar posándose sobre las pestañas. Y no sólo no le sirvió de nada sino que además sintió una desagradable aspereza sobre los globos oculares. Se pasó la mano izquierda por los ojos para poder limpiar la mirada. Apenas debió prolongarse un instante. Un abrir y cerrar de ojos, como había escrito el apóstol al referirse a la resurrección de los justos que tendría lugar ineludiblemente al final de los tiempos.

Con seguridad, no duró más, pero cuando volvió a observar aquel horizonte plumizo que separaba como una línea de fuego el cielo de la tierra, observó el cambio inmenso que había sufrido. No, no es que la muerte se hubiera visto privada de su aguijón, como había anunciado el profeta. A decir verdad, lo que se dibujaba en el punto donde el

firmamento se pegaba a la tierra era todo lo contrario. Se trataba de centenares, millares, quizá decenas de millares de guerreros que tenían como misión principal, no, como objetivo único, el de sembrar la mortandad entre sus enemigos sin hacer distingos de edad o condición.

Se mirase como se mirase, no tenían la menor posibilidad de resistencia. ¿Cuál podía ser la desproporción de fuerzas? ¿Cien a imo? ¿Doscientos a uno? Quizá más... La única cuestión era saber cuánto tiempo emplearían para borrarlos del mundo de los vivos y, sobre todo, la situación concreta en que los encontraría la Muerte. Y entonces sintió una serenidad extraña, la misma que le había rehuido obstinadamente durante los días previos. Fue una sensación semejante a la que experimentaría un mercader industrial, perseverante y prudente que acabara de concluir el apretado balance del año y hubiera comprobado que sus meticulosas decisiones habían sido las adecuadas y, por añadidura, le habían proporcionado una ganancia más que respetable.

Sí. A decir verdad, sus cuentas a uno y otro lado del umbral de la muerte estaban más que resueltas. No era mérito suyo —eso lo sabía—, pero estaban más que ajustadas si, como todo parecía indicar, iba a abandonar este mundo. Por supuesto, no todo había sido bueno o grato en los años que había vivido, pero sabía que podía marcharse en paz. Había transitado por este valle de lágrimas en un tiempo en que los caballeros habían sido aguerridos y nunca hubieran retrocedido a pesar de que el enemigo les superara en una proporción de cinco a uno. En un tiempo en que las damas eran bellas como la luna alba en su fase más hermosa y a esa relevante virtud sumaban la callada discreción, la aguda inteligencia y la ardiente pasión. En un tiempo en que todos sabían quién era el enemigo y estaban dispuestos a combatirlo de manera incansable, pero noble y caballerosa. En un tiempo, en fin, en que el pueblo llano había actuado a impulsos limpios del espíritu más elevado,

y no sólo de la hambrienta andorga, y había ansiado recorrer centenares de interminables jomadas en medio de peligros incontables tan sólo por besar el suelo polvoriento que siglos atrás pisó Nuestro Salvador. Ése era el tiempo cuyo aire, limpio y peligroso, había respirado y cuyos caminos, accidentados y rebosantes de riesgo, había surcado. Y entonces, mientras reflexionaba en todo aquello, tuvo la seguridad absoluta, una seguridad tangible, una seguridad que sobrepasaba la fe, de que el dilatado sendero que había transitado durante décadas no acabaría cuando un alfanje afilado le rebanara el cuello, sino que seguiría extendiéndose en el otro mundo. Fue lo último que experimentó mientras los innumerables jinetes que se hallaban sometidos a las órdenes de Saladino se lanzaban sobre él lanzando unos aullidos capaces de helar la sangre en las venas del combatiente más curtido.

PRIMERA PARTE

IN PRINCIPIO...

I

Se detuvo jadeando detrás del frondoso y pálido cho-
po. Sudaba copiosamente, como si, en lugar de trans-
pirar, se hubiera colocado debajo de una cascada y ahora
el agua le corriera empapándole todo el cuerpo. Sin em-
bargo, a pesar de todo, se sentía bien, muy bien. Fuerte,
sano, embargado por una extraña y gratificante sensación
de poder. La apresurada carrera, el aire fresco, la hierba aún
húmeda, todo se había combinado para provocarle una fe-
licidad eufórica como nunca había conocido. Respiró hon-
do, como si deseara absorber más a fondo una dicha casi
hilarante que se encontrara flotando por entre los árboles
del bosque. Luego dirigió su mirada anhelante hacia la mu-
chacha.

Boqueaba intentando también recuperar el resuello y, al
llevar a cabo ese movimiento, las aletas de su nariz fina y
respingona se dilataban proporcionándole una nota delica-
da de fresca belleza. Le sonrió y Marcos sintió que de
aquellos labios hermosamente rojos se desprendía un haz
luminoso de atractiva incitación a la felicidad.

—No ha estado bien lo que hemos hecho... —Acertó
apenas a decir la muchacha con un tono de ligera recon-
vención.

—Pero... ¿Por qué, Blanca? ¿Por qué? —Intentó protes-
tar Marcos, aunque conocía de sobra la razón.

—No está bien que dos jóvenes salgan solos sin estar
comprometidos... —comenzó a responder Blanca con un

hilo de voz—. Y la manera en que hemos echado a correr...

—No me ha dado la impresión de que no quisieras hacerlo... —La interrumpió Marcos.

—Bueno... si casi no te he tirado de la mano...

—Sí, ya lo sé... —reconoció Blanca bajando la cabeza y ruborizándose—. Sí... yo también he echado a correr, pero eso no quiere decir que esté bien...

Un silencio, negro como el ala de un encanallado cuervo, segó la alegría limpia que le había embargado durante los instantes previos. Apretó la diestra de la muchacha con más fuerza, se la acercó a los labios y depositó en ella un beso suave.

—Tenemos que regresar... —exclamó Blanca con voz nerviosa a la vez que intentaba retirar la mano de entre los dedos de Marcos.

Emprendieron el camino de vuelta con resolución, pero lentamente, como si desearan que no concluyera tan pronto y les permitiera alargar siquiera por unos instantes la inefable dicha de estar juntos y a solas.

—Ya se la ve... —susurró Blanca y, de manera instintiva, Marcos soltó a la muchacha y se llevó las manos a la espalda. Sí, no daba la impresión de que estuviera muy contenta la vieja.

Esperó seis o siete pasos más antes de volver a hablar.

—¿Cuándo vamos a casarnos? —dijo mientras bajaba la cabeza un tanto avergonzada por su propia osadía—. Quiero... quiero decir...

—¿Quieres decir que cuándo te pediré a tus padres? —Intentó Marcos aliviar el azoramiento de la joven.

Blanca asintió con la cabeza sin pronunciar palabra, pero el gesto no había pasado inadvertido a su acompañante.

—Será pronto. Muy pronto. Ya lo verás.

—¡Que sea la última vez que me hacéis esto! —dijo la mujer acercándose a grandes zancadas a los muchachos y agarrando de un violento tirón la delicada mano de Blanca

—. ¡Que sea la última vez porque no os volvéis a ver! ¡Vamos! ¡Conmigo no contéis...!

Por un momento, Marcos pensó en la posibilidad de plantear alguna defensa frente a la ira de la anciana, pero, al instante, comprendió que no tenía ningún sentido.

—Lo siento, señora. Disculpados. Fue culpa mía...

La mujer dudó por un instante, como si no supiera a ciencia cierta la manera en que debía reaccionar. Parpadeó, frunció los agrietados labios y, finalmente, masculló con tono áspero:

—La última vez, mozo. La última vez.

Subrayó la frase con un nuevo tirón del brazo de Blanca que obligó a ésta a echar a andar.

Marcos las vio alejarse con un desasosegante pinchazo de sordo pesar en el corazón, pero, de manera casi inmediata, la sensación desagradable se disipó dejando lugar a la embriaguez suave propia de las ensoñaciones más gratas. La verdad es que todo parecía tan cerca... El pesado luto por la muerte de su padre concluiría en otoño y, para cuando llegara esa fecha, podría casarse con Blanca. Además, la tierra era buena, sobre todo la que le correspondría cuando se realizara la obligada partición. Podrían cultivar el mejor trigo del reino y obtener el vino de más cuerpo y criar los corderos más gordos, más tiernos y más sabrosos... Al final del verano, podría hablar con los padres de Blanca. Por supuesto que se la darían como esposa. Sabían de sobra que contaba con recursos más que suficientes para mantenerla de manera desahogada y, bueno, a la vista estaba que la quería. Sí, para el otoño estaría todo arreglado. En un año, incluso podrían estar esperando una criatura. Sería un niño fuerte y vigoroso que, a su vez, mantuviera viva la estirpe de los Pomares y sirviera a Dios y al rey. Sin poder evitarlo, Marcos dio una carrerilla, lanzó un grito de alegría, saltó en el aire y, antes de volver a caer sobre el suelo, acertó a entrechocar los talones en un gozoso gesto de triunfo.

II

—**Y** así es como lo vemos, Eminencia —concluyó el caballero con un gesto de las manos que ponía de manifiesto que poco o nada podía añadirse.

El obispo al que iban dirigidas las palabras, un hombre de rostro enjuto, nariz aguileña y manos casi translúcidas, observó por un instante más el bien trazado mapa que su interlocutor había extendido pulcramente sobre la mesa de madera pulida y brillante. Se mirara como se mirara, no había la menor duda de que aquella gente había pensado y repensado todo con extraordinaria, casi incomparable, agudeza. A decir verdad, habían expuesto sus argumentos con la misma nitidez meticulosa con que estaban perfiladas las negras líneas sobre el plano. Se podía decir de ellos lo que se quisiera, y Dios sabía que no les faltaban los detractores, pero no que fueran torpes, indecisos o inconcretos. Sabían lo que deseaban y daban los pasos encaminados a apoderarse de ello. Al menor coste posible, por supuesto.

—Dispensadme, caballero —rompió su silencio finalmente el prelado—. He entendido a la perfección vuestros argumentos. Todos y cada uno de ellos. Pero, lamento decirlo, en Calatrava...

El caballero, que vestía su hábito blanco como si se tratara de una máscara perfecta tras la que ocultar sus pensamientos, no pudo reprimir un respingo al escuchar la mención a Calatrava. Llevaba toda la mañana orillando aquel tema espinoso y se había comportado así porque sabía que

constituía el único talón de Aquiles de sus pretensiones. Si el obispo consideraba lo sucedido en Calatrava...

—Recordaréis que el rey —prosiguió el mitrado con una voz sosegada y, a la vez, contundente— os entregó la villa de Calatrava para que pudierais colaborar en la lucha contra los secuaces de Mahoma.

Se detuvo con toda intención durante un breve instante. Sí, no le cupo la menor duda de que su interlocutor se esforzaba por mantener una impenetrable apariencia de frialdad impasible, pero los dos caballeros que se mantenían escasamente a unos pasos por detrás de él y que también vestían con altivez el hábito blanco con cruz roja habían palidecido. Bien. A decir verdad, no había esperado cosa diferente. Resultaba obvio que todos los presentes conocían de sobra cuál era el juego del otro.

—No quiero empujaros al pecado luciferino de la soberbia. Pero no se puede ocultar que vuestra fama os había precedido —continuó el prelado—. Erais, según se decía y no exagero un ápice, el alma ardiente de la lucha incansable de la Cristiandad fiel contra los agresores musulmanes en Tierra Santa. Se afirmaba que nunca retrocedíais a menos que la desproporción con las fuerzas del adversario fuera mayor de cinco a uno, es decir, que no os retirabais jamás. Eso era exactamente lo que necesitábamos en España. Alguien que expulsara a los invasores hacia el sur y que luego se clavara en la tierra como un robusto roble de profundas raíces sin retroceder un solo paso. De modo que, convencidos de todo lo que se decía de vosotros, de los... caballeros del Temple, se procedió a entregaros la villa de Calatrava. Dispensadme, ¿es ajustado a la verdad lo que llevo dicho hasta ahora?

El obispo era consciente de que aquellas palabras constituían una lacerante humillación que no era del todo conforme al espíritu del Evangelio, pero, a la vez, estaba convencido de que debía ejercer una ineludible función, que

fuera tanto penitencial como sanadora, sobre la soberbia innegable y de todo punto excesiva de los templarios.

—¿Es ajustado a la verdad lo que llevo dicho hasta ahora? —insistió al ver que el caballero mantenía la boca cerrada, y añadió con acento seco—: Cuando formulo una pregunta tengo la costumbre de esperar que me respondan.

La lengua del templario se movió incómoda en el interior de la boca, casi como si deseara escapar y así no tener que contestar. Lo hizo al final, pero molesto y reticente, con tono dubitativo y la mirada baja.

—Su Eminencia sólo ha dicho la verdad.

El obispo no tuvo necesidad de reprimir una sonrisa porque, muy a su pesar, todo aquel asunto había extirpado de su interior cualquier impulso que lo inclinara a reírse o ver el lado divertido de las cosas.

—Celebro que así lo veáis —dijo con un tono más que estudiado de severidad contenida—, pero, como bien sabéis, ahí no acaba todo.

El curtido rostro del veterano templario adoptó ahora un aspecto pétreo. Esta vez ni siquiera movió los labios. Por el contrario, sus pupilas adquirieron el aspecto gélido de un trozo de metal redondo y brillante.

—Todos nos gozábamos en la perspectiva de los servicios extraordinarios que rendiríais a Cristo y a su Iglesia...

El prelado apretó los puños mientras su rostro enrojecía. En aquel momento, hubiera deseado regresar a sus lejanos años de infancia, cuando solventaba cualquier tipo de disputa, por ligera que fuera, propinando contundentes moji-cones a los chavales de su edad. Pero eso había sido mucho tiempo atrás y ahora ni podía ni debía permitirse esos justificados aunque aparatosos exabruptos. Respiró hondo y mentalmente contó hasta diez.

—...Pero —continuó— ¿qué hicieron los valientes, aguerridos, esforzados caballeros del Temple?

Guardó silencio por unos instantes, como si así sus palabras pudieran extenderse por la habitación igual que si se

tratara de una espesa bocanada de humo gris procedente de un haz de leña fresca que algún doméstico descuidado había arrojado al fuego.

—¿Acaso los valientes, aguerridos, esforzados caballeros del Temple defendieron Calatrava? —zanjó el obispo—. No. No defendieron... Calatrava. ¿Y sabéis lo que eso ha significado para nosotros? ¿Lo sabéis?

En el más que improbable caso de que los templarios presentes hubieran deseado responder, no lo habrían conseguido, porque aquel hombre rezumante de autoridad episcopal no tenía la menor intención de dejarles hablar. No después de todo lo que ya les había escuchado durante aquella mañana, que se estaba dilatando mucho más de lo tolerable.

—Pues ha significado que hemos perdido diez, quizá incluso veinte años, en nuestra tarea de combatir a los invasores. *Eso significa*. Podríamos haberlos arrojado mucho más allá del Tajo, pero gracias a los templarios ha sucedido todo lo contrario.

El prelado volvió a detenerse. Los caballeros estaban incómodos, sin duda, tal y como se desprendía de la manera en que se dilataban las ventanas de sus narices. Sin embargo, aguantaban impertérritos, igual que si se tratara de una embestida de un enemigo al que sólo cabía contener para luego, quizá, contraatacarlo.

—Y ahora me pedís que haga gestiones para que os entreguen esas tierras. ¡Precisamente esas tierras! Pero, caballeros, ésas no son tierras de combate. ¡No son tierras de reconquista! Esas son tierras de labranza. De recoger trigo y vino y de criar ganado... ¿Desde cuándo los templarios se han convertido en campesinos? ¿Desde cuándo tienen vocación de villanos? Decídmelo: ¿Es desde que no saben defender las plazas que se les otorgan?

—Son las tierras ideales para nuestra orden —intervino el caballero aparentando no haber escuchado las preguntas ofensivas del obispo—. Las ideales. Podríamos defenderlas,

pero, sobre todo, nos proporcionarían una base idónea para avanzar hacia el sur. Una base que, todo hay que decirlo, no costaría una moneda al rey. Con ese predio, podríamos mantener nuestra lucha contra el islam de una manera que resultaría gratuita para la corona.

El prelado clavó una mirada difícil de interpretar en el atezado rostro del templario. Cualquier otro se habría sentido intimidado, pero el guerrero tenía ahora la sensación de que, por primera vez, había abierto una brecha en las defensas del obispo y estaba decidido a seguir progresando hasta alcanzar, por mucho que costara, su último objetivo.

—El estudio que hemos llevado a cabo, vos mismo lo habéis podido ver, no puede ser más completo. Tendríamos agua, sembrados, pasto. Como muy bien habéis dicho, todo lo que necesitamos para mantenernos, para abastecernos, para sostener los ataques contra los musulmanes. Pero no se trata de nuestro beneficio, Eminencia, sino del provecho de la Santa Madre Iglesia. Recordad que nosotros no dependemos de vos ni del rey. Estamos a las órdenes directas del Santo Padre. De desearlo, podríamos desempeñar nuestras más que necesarias funciones en otro lugar y no constituye soberbia afirmar que en no pocos seríamos bienvenidos. Si manifestamos nuestra insistencia en hacerlo aquí es sólo porque ansiamos brindaros nuestra ayuda desinteresada. Esta vez, os lo aseguramos, todo será diferente a lo que, por desgracia, no nos duele reconocerlo, sucedió en Calatrava.

El clérigo guardó silencio. A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, no podía evitar que los sentimientos que bullían en su interior resultaran punto menos que incontrolables. Sabía que no estaba bien, se decía que no constituía un ejemplo de conducta cristiana, pero era incapaz de negarse, lo que jamás hubiera confesado en público, que aborrecía a los templarios. Precisamente lo que ellos presentaban como virtudes eran, a su juicio, sus peores defectos. Los caballeros del Temple no se sometían al rey —co-